

# La Estada Extraordinaria

por  
Gabriel Alcázar



**R**EFUGIADO en aquel café de Montmartre había pasado la tarde, en espera de Margarita Dux, la novelista de moda. No acudió a mi cita, y esto, unido a la lluvia persistente de aquel atardecer de otoño, exasperó mi mal humor.

Había leído de cabo a rabo las páginas de "Le Journal"; un pianista, de silueta mezquina, inquietó mis oídos con varios valses y cancanes de opereta, lográndome excitar los nervios con semejante musicalería bufa.

Miraba, a través de los escaparates, y veía caer la noche, bajo una lluvia monótona, incansable, que brillantaba la calzada, en cuyas losas se copiaban las primeras luces de los mecheros de gas.

Decidí marchar a mi hotel, desafiando a la lluvia. Me alcé el cuello del gabán, me calé el chambergo, y, así sin paraguas, pues lo había olvidado, eché a andar de prisa a la hija de las paredes.

No había andado mucho, cuando una voz familiar me detuvo:

—¿Dónde va usted con esta lluvia?...

Volví los ojos y la exótica figura de Arnaldo Rovelli apareció ante mí.

Nos dimos un fuerte apretón de manos.

—¡Aquí me ve, con un humor de los diablos, lloviendo y sin paraguas!...

Nos refugiarnos en un portal.

Rovelli iba arrebujado en una capa azul, de anchos pliegues, bajo la cual ocultaba unos paquetes. La lluvia había mojado su melena que caía, ahora, desmayada y lacia como las orejas de un perro.

Su rostro italiano, de perfil águilino, enérgico, imperioso como la efigie de Savonarola, destacaba lívido sobre el cuello de piel de conejo que adornaba la capa.

—Venga usted a mi taller. Estoy viudo, desde hace una semana... ¡Mimi ha dejado a su Rodolfo!... Gracias a Dios el romanticismo está bajo tierra, querido... Así solo, me siento como el pez en el agua.

Acepté la invitación. La compañía de Rovelli me era siempre grata.

No contento con pergeñar mis crónicas del "boulevard" y componer novelas eróticas, habíame entrado la chifladura de ser escultor. Deseo incoherente de saciar mis inquietudes de artista; afán de hacer con las manos lo que debiera hacer con la prosa: modelarla en serena y bella plasticidad. Manoséé pastelina entre mis dedos y surgieron unos toscos monigotes que parecían la obra de un alfarero de aldea.

Desde aquel entonces, desde aquella época en que quería remedar a Rodin, sostenía amistad con Arnaldo Rovelli, un escultor notable que confirmaba como hombre y como artista su origen romano.

Torcimos por la "Place Pigalle" y en una encrucijada detuvimos la marcha. En lo alto de una sombría casa de diez pisos, bajo el alero caedizo y abuhardillado, estaba el taller de mi amigo. Ascendimos silenciosos, jadeantes, haciendo pausas en los rellanos de la escalera.

Encendió la lámpara, después de dejar sobre una mesa una botella de vino y fiambres que traía bajo la capa. Era su cena de bohemio.

A la luz discreta de la pantalla roja, el taller surgió con todos sus contornos arbitrarios y pintorescos. Telas abigarradas, tapices turcos, adquiridos en bazares cosmopolitas; ánforas de graciosas formas, arrancadas de las manos de algún cha-